

## Wittgenstein. Arte y filosofía

Juan Evaristo Valls Boix\*



Julián Marrades (ed.)

**Wittgenstein. Arte y filosofía**

Plaza y Valdés, Murcia, 2013

ISBN 978-84-15271-53-6

Páginas: 320

No debería extrañar que un muchacho de la alta sociedad de la Viena finisecular se cultivara y apasionara por la música y el arte de su momento. Tampoco que escribiera apuntes sobre sus preferencias estéticas o ensayara breves reflexiones sobre lo que fuera el arte. Pero lo cierto es que el caso de Wittgenstein desconcierta, o al menos ha desconcertado hasta hace relativamente poco, en la exégesis filosófica de su pensamiento. ¿No era uno de los padres de la filosofía analítica, el gran discípulo de Russell? ¿No era su *Tractatus* una suerte de catecismo para el Círculo de Viena? ¿No juzgaba el positivismo como “sin sentido” cualquier atisbo metafísico y cualquier reflexión más allá del pulcro método de la verificación? Pese a todo ello, el genio vienés desarrolló a lo largo de toda su vida una lúcida y personal investigación sobre aquellos temas vetados para la filosofía anglosajona del momento: la religión, la ética y la estética, disciplinas que además iban de la mano en muchos aspectos, en su opinión. La publicación más o menos tardía de toda una serie de escritos personales de Wittgenstein como sus *Diarios Secretos*, sus intercambios intelectuales con Paul Engelmann y otros apuntes y notas, además de una revisión a la luz de estos del *Tractatus* y las *Investigaciones*, permiten comprender a Wittgenstein como algo más que un filósofo del lenguaje formado en Cambridge: hacen de él un heredero de la filosofía decimonónica de Kierkegaard, Tolstoi, Spengler o Weininger, entre otros, además de un pensador agudo en problemas estéticos, éticos y religiosos. Un pensador preocupado por la crisis cultural que inauguró el siglo xx.

Es esta faceta del pensador vienés, o al menos su aspecto estético, la que se da a conocer en el volumen que nos ocupa. Un volumen a cargo de Julián Marrades que muestra una parte del trabajo que desde 2005 viene desarrollando el grupo de investigación del Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento de la Universitat de València dirigido por el profesor Vicente Sanfélix Vidarte, que con dos proyectos de investigación subvencionados por el estado español ha llevado a cabo un fecundo estudio pionero en España para conocer la otra cara de Wittgenstein y las posibilidades de su singular literatura. Así, el libro no es sino la edición de algunos de los textos presentados en el “VI Encuentro Internacional Cultura y Civilización. Wittgenstein y las artes”, celebrado en 2011 en la Facultad de Filosofía y CC de la Educación de la Universitat de València y organizado en el seno del último proyecto de

\* Universitat de València, España. [juanevaristovallsboix@gmail.com](mailto:juanevaristovallsboix@gmail.com)

este grupo, “Cultura y religión. Wittgenstein y la Contra-Ilustración”. El libro ofrece una idea general de esta fructífera incursión de Wittgenstein en el terreno de las artes, además de profundizar críticamente en aspectos puntuales de sus ideas estéticas. El prólogo ya es una presentación clara y muy precisa de las distintas dimensiones de esta reflexión llevada a cabo por el autor del *Tractatus*, que se puede encontrar no solo al final del mismo, sino también en las lecciones sobre estética de 1938 dictadas en Cambridge, en la segunda parte de las *Investigaciones filosóficas*, en las *Remarks on the Philosophy of Psychology*, en los *Cuadernos de notas* de 1914-1916, en el primer volumen de los *Last Writings on the Philosophy of Psychology*, y en observaciones finales de *Sobre la certeza*, sin olvidar *Aforismos cultura y valor* y otros textos personales como la correspondencia con Engelmann y los *Movimientos del pensar*. ¿Por qué es preciso hurgar en diarios y cuadernos de notas personales del autor? Porque para Wittgenstein, como para Fichte, la filosofía es una cuestión de temperamento, es una cuestión de autor. La forma de pensar de Wittgenstein está inspirada, de algún modo, por la actividad del artista. No en balde entendió su actividad filosófica como un poetizar la filosofía (1933).

Así, se pueden diferenciar dos partes en este estudio: en un primer momento se atienden las cuestiones relativas a la concepción wittgensteiniana del arte y la estética, además de acercarse a la concepción de la filosofía del vienés desde su manera de comprender a aquel, y todo ello sin olvidar la evolución del pensamiento wittgensteiniano. En coherencia con este cambio, por un lado se abordará la concepción del arte del primer Wittgenstein, el autor del *Tractatus*, que consiste en entender el arte como el mirar un objeto *sub specie aeternitatis*, desde la perspectiva de la eternidad o más allá del espacio y el tiempo particulares. Ello lleva al objeto artístico a trascender el mundo de los hechos y situarse en la dimensión de los valores, en sintonía pues con la ética y la religión. Por ello, cualquier preposición relativa a tales disciplinas estará carente de sentido por no tratar de figurar un hecho del mundo, pero allí donde el Círculo de Viena entendía que había acabado la discusión —donde no hay sentido—, comienza lo realmente importante para Wittgenstein, que bien sabía que al hablar de ética —o de arte— no hacía sino arremeter contra los límites del lenguaje. Y por ello, quizá, el último punto del *Tractatus* es tan lacónico y tajante: mejor callarse que hablar de lo que no se puede hablar, mejor el respeto del silencio, y su asombro, que un parloteo charlatán que solo emborronará lo que pueda llegar a saberse de aquellas cosas —el arte, Dios, la muerte— que hacen que la vida valga la pena. La estética no será pues sino una dimensión absoluta, inteorizable —por esta más allá del lenguaje— de la existencia, una de las dimensiones del valor de la vida. Y después de este silencio, de este callar, la diferencia, también clásica, de Wittgenstein: decir y mostrar. Y en consecuencia, la observación minuciosa y la contemplación como la primera actividad filosófica: “no pienses, mira”.

Y por otro lado, el libro avanza hacia el cambio de perspectiva que se encuentra en el Wittgenstein de las *Investigaciones*, ese cambio que pone la atención en el uso y la práctica y no tanto en la forma o en las propiedades de los objetos: de la lógica a la gramática. Un nuevo enfoque que se distancia de esa concepción esencialista del arte y lo comprende como un juego, como una práctica social amparada contextualmente en una cultura y una época concreta a través de la cual los presupuestos de esta se desvelan y viceversa. Observar esta gramática, y especialmente este contexto y uso de las obras de arte, permitirá aclarar ya no sus propiedades o supuestas cualidades, sino el poder de las obras para captar y así poner de manifiesto aspectos centrales de

la vida o prejuicios y obsesiones de esa misma cultura que sustenta a las obras y que a través de ellas o bien se refleja, exultante, o bien se pone en evidencia: no hay arte que no descansa en una particular y situada forma de vida, y por tanto en una manera concreta de mirar el mundo. Estas reflexiones, tanto de la filosofía de Wittgenstein como una actividad artística —o poética— como sobre la concepción de la estética y el arte, se encuentran en los primeros artículos del libro, escritos por Allan Janik, Ilse Somavilla, Isidoro Reguera, Luis Arenas, Julián Marrades y Salvador Rubio Marco.

Una segunda parte del compendio, en la que intervienen Jean-Pierre Cometti, Carla Carmona, Nicolás Sánchez Durá, Antoni Defez y August Sarnitz, se adentra en las ideas del vienés acerca de artes particulares. Podemos conocer la profunda impronta que dejó en Wittgenstein la lectura de los cuentos de Tolstoi, cuyas alegorías, reflexiones morales y religiosas pueblan los diarios y los apuntes privados del autor. Se esclarece también la relación de Wittgenstein con la música, para cuya apreciación tenía un talento extraordinario y por la que sentía un gran respeto y pasión: Wittgenstein reflexionó en torno a la relación entre la música y el lenguaje, al potencial semántico de la música, y combatió de forma pertinaz la concepción, de corte cartesiano, emotivista de la misma para defender una comprensión contextual y gramatical. Hacia el final del libro se da cuenta asimismo del ambicioso proyecto arquitectónico que Wittgenstein llevó a cabo con Paul Engelmann: la casa Stonborough-Wittgenstein, obra que buscaba, con un estilo rompedor y desprendiéndose de los convencionalismos de la época y la estética de Adolf Loos, reflejar en su diseño unos valores vitales, unos valores en que habitar, transmitidos a través de la construcción del espacio de la casa. Y a estos artículos se le suman dos ligeramente diferentes: uno de ellos, sobre la posibilidad de comprender el cine desde un enfoque wittgensteiniano basado en la distinción decir-mostrar a partir de la representación de la *shoah* y de la sorprendente cercanía filosófica y de propósitos entre Jean-Luc Godard y Claude Lanzmann. Además, un último texto que no hace sino aplicar sobre Wittgenstein una crítica eminentemente wittgensteiniana: desde la reconsideración anti-esencialista del lenguaje y del arte que el autor adopta en las *Investigaciones*, se trata de combatir la concepción del arte del joven Wittgenstein, tan marcada por los gustos decimonónicos y clásicos del vienés como hechizada por una supuesta ontología del objeto artístico cualitativamente superior a la del resto de objetos, que permite apreciarlo con independencia del momento en que se creó y de la sociedad que lo constituyó como obra de arte —efectivamente, *sub specie aeternitatis*—. Desde la perspectiva de Wittgenstein se pueden apreciar, en consecuencia, obras de arte que habrían horrorizado los refinados y aristócratas gustos personales del propio Wittgenstein. Cada artículo multiplica las posibilidades de la filosofía del vienés y hace de ella, y con ella, al arte, un modo de explorar el mundo, profundo en su desarrollo filosófico e inteligente y personal en su aplicación práctica.

En definitiva, el trabajo compilado en *Wittgenstein. Arte y filosofía* es original, filosóficamente preciso y riguroso, y clarificador y estimulante para el examen de uno y de lo que a uno le rodea. La edición es muy agradable y cómoda de leer; solo falla la desacertada y juvenil ilustración de la portada, que desmerece la calidad de las contribuciones y desorienta sobre la seriedad de la propuesta del libro. Pero si los consejos de Wittgenstein no caen en saco roto, una de las mejores lecciones que podemos extraer de su lectura es la de mirar las cosas dos veces para clarificar lo que realmente son. El consejo, al fin y al cabo, de mirar con cuidado. Y de mirar con un silencio asombrado, pero no hechizado.